Pasión a Ciegas



Secretos de Reinas I

JULIA ROMERO

PASIÓN A CIEGAS

Derechos Reservados
Copyright © 2025 Julia Romero

www.juliaromeroauthor.com

Primera edición, abril 2025
Todos los derechos reservados.

International Copyright Relations of the United States.

Register Code: 2308215095767

Bajo las sanciones establecidas en las leyes, queda rigurosamente prohibido, la reproducción total o parcial de esta obra, ni su tratamiento informático, ni la trasmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo del autor. Así como la distribución de ejemplares mediante el alquiler o préstamo públicos.

La licencia de uso de este libro electrónico es para tu disfrute personal. Por lo tanto, no puedes revenderlo, compartirlo, ni regalarlo a otras personas. Si deseas compartirlo, ten la amabilidad de adquirir una copia adicional para cada destinatario. Si lo estás leyendo y no lo compraste, ni te fue obsequiado para tu uso exclusivo, haz el favor de adquirir tu propia copia. Gracias por respetar el arduo trabajo del autor.

Esta historia es completamente pura ficción. Sus personajes y las situaciones vividas son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Las marcas y nombres pertenecen a sus respectivos dueños, son nombrados sin ánimo de infringir ningún derecho sobre la propiedad de ellos.

© Diseño y Portada, Developing Dreams

Cover Register Code: 2308215095760

PREFACIO

El amor no siempre se siente como un huracán imposible de contener. A veces, es una brisa suave, constante, que te envuelve con la promesa de seguridad y estabilidad. Eso era lo que tenía con Dante, mi prometido. Un amor que no quemaba, que nunca dolía. Un amor que podía sostenerse sobre bases firmes y no sobre pasiones fugaces.

Observé el sencillo anillo en mi dedo mientras el sol se apagaba sobre los viñedos, tiñendo de rojo y dorado las hileras de uvas que cubrían la propiedad. De inmediato, sentí un poco de preocupación por la poca emoción que me provocaba el anillo. Dante era el hijo mayor de los Mancini, él había crecido entre estás vides, entre el aroma dulce del mosto y el eco de las risas en la gran Cava. Su mundo siempre había sido este y ahora, de alguna forma, yo también pertenecía a él.

Mi compromiso era lo lógico, lo correcto, lo que tenía que suceder. Me iba a casar con un buen hombre, su familia estaba orgullosa, la mía satisfecha, y mi futuro asegurado.

Todo estaba bien.

Entonces, ¿por qué había algo en mi pecho que no terminaba de asentarse? ¿Por qué la sensación de que había algo más allá de lo que conocía, algo esperando en la penumbra de mi propia historia?

Me abracé a mí misma con suavidad, como si pudiera ahuyentar ese pensamiento, y me obligué a sonreír.

Es el estrés de la boda, nada más, me repetí por millonésima vez.

En un mes, voy a ser la esposa de un hombre honorable, con una vida predecible, estable y sin sobresaltos. Lo que siempre había anhelado.

Lo que no sabía, era que esa noche, en la gran Cava de los vinos de los Mancini, donde había pasado incontables horas sin mayor preocupación que la fermentación de las barricas, todo cambiaría.

Que esa noche, alguien me haría ver que el amor podía ser algo más que una brisa templada.

Que yo podía arder.

Que podía consumirme entera.

MILA

Las primeras gotas de lluvia golpearon mi piel como una advertencia sutil. Miré hacia el cielo encapotado, viendo cómo el crepúsculo se desvanecía rápidamente dando paso a una noche oscura y nublada. En lugar de regresar a la casa, decidí quedarme. La frescura del viento me envolvía, llevándose consigo el peso de mis turbios pensamientos.

Me gustaba la lluvia, el aroma a tierra mojada y la sensación de libertad que traía consigo.

Cerré los ojos un momento, disfrutando la brisa húmeda en mi rostro, cuando un sonido tras de mí me hizo girar.

—No puedes quedarte aquí mucho tiempo, la tormenta va a empeorar.

Abrí los ojos y ahí estaba él, de pie entre los viñedos, con el ceño fruncido y la camisa ligeramente arrugada. Lorenzo Fontana. El mejor amigo de mi prometido.

Su presencia se impuso sobre las largas hileras como si estuviéramos en un lugar cerrado, el hombre venia con intensidad propia.

Era la viva imagen de un hombre italiano en su máxima expresión: alto, de hombros anchos y cuerpo esculpido por años de trabajo y disciplina. Su piel tenía ese dorado natural que solo el sol de la Toscana otorga. Su cabello oscuro, ahora empapado por la lluvia, caía desordenado sobre su frente dándole un aire de peligro que lo hizo todavía más atractivo. Pero lo más hipnotizante eran sus ojos: de un marrón intenso, profundo, cargado de algo que nunca me había permitido descifrar.

—No me molesta la lluvia —aseguré, abrazándome a mí misma mientras lo miraba.

Él no respondió de inmediato, solo me observó con una intensidad que me hizo removerme en mi sitio. No era la primera vez que la sentía, esa mirada que parecía ver más de lo que yo misma entendía.

—No es la lluvia lo que me preocupa —dijo finalmente, dando un paso más cerca.

Su voz era grave, baja y con un vibrato que, sin poder evitarlo, erizó mi piel. Mi garganta se secó. No podía explicar lo que pasaba con Lorenzo. Había estado en mi vida tanto tiempo que debería sentirlo como un hermano, como un miembro más de la familia que estaba por construir. Pero no lo hacía.

Nunca lo había hecho.

Exhaló pesadamente y negó con la cabeza, como si estuviera en una lucha interna que no podía ganar. Y luego hizo algo que nunca había hecho; Extendió su mano hacia mí.

Por un momento, vi la duda cruzar su rostro. Él sabía que no debía hacerlo. Que estaba dando un paso que ninguno de los dos debía dar. Sus dedos quedaron suspendidos en el aire y, por un momento, vi en su mirada una súplica silenciosa. No una orden, ni una petición... sino una larga y pesada espera.

Mi primer instinto fue negarme. Pero mis pies no se movieron, y él lo notó. El aire entre nosotros empezó a cambiar, como si la tormenta no estuviera solo en el cielo, sino también en el espacio que nos separaba.

Sabía que no debía tomar su mano, pero, por primera vez, decidí dar un paso a ciegas.

Ese paso que siempre había estado ahí con él, esperando a que alguno de los dos lo diera.

Y lo di. Sin pensar.

Alargué la mano y la coloqué sobre la suya.

La electricidad entre nosotros fue inmediata, un escalofrío recorrió mi brazo, pero no lo solté. Lorenzo tampoco. Su agarre se cerró con firmeza, como si al fin hubiera conseguido lo que había esperado por mucho tiempo.

—Ven… —su voz fue apenas un murmullo, pero se sintió como un rugido en mi piel.

Mi corazón latía con fuerza, acelerado, mientras la lluvia nos envolvía en un velo de intimidad. Él no arrastró de mí, no jaló, ni me obligó, solo mantuvo su mano firme, esperando que yo diera el siguiente paso.

Respiré hondo.

Y di un paso más. Y otro. Y otro.

La tormenta se desató con fuerza, los relámpagos rasgaron el cielo y un trueno retumbó en el horizonte. La casa principal estaba demasiado lejos, el camino de tierra se había convertido en un barrizal resbaladizo. Seguir hasta allá sería peligroso, tanto, como la conexión que nos estaba arrastrando.

Lorenzo pareció leer mis pensamientos porque, sin soltar mi mano, me guió con decisión hacia otro camino; a la gran Cava de vinos.

Era un edificio inmenso, apartado del resto, un refugio de piedra y madera donde se almacenaban todas las cosechas, desde las más recientes hasta las más antiguas. Oscuro, silencioso, privado.

Entramos apresurados, cerrando la puerta tras nosotros. La lluvia repiqueteaba sobre el techo, los relámpagos iluminaban fugazmente el interior. La humedad de la tormenta nos envolvía, las gotas resbalaban por nuestra piel, empapando nuestras ropas.

Pero Lorenzo no me soltó.

Sus dedos seguían aferrados a los míos, como si ni la tormenta, ni la realidad, pudieran lograr que me dejara ir.

LORENZO

La tormenta se avecinaba con rapidez. Desde la terraza de la casa principal, vi cómo el viento sacudía las vides y la lluvia empezaba a caer con más fuerza. Apretando la mandíbula, escaneé el exterior con la mirada buscando su silueta.

No estaba dentro. No la había visto en todo el día, y lo peor era que nadie parecía darse cuenta. Nadie, excepto yo.

Dante, su prometido, estaba demasiado ocupado riendo con sus hermanos, con una copa de vino en la mano, sin la menor preocupación de que su futura esposa estuviera sola bajo la tormenta. Ni siquiera preguntó dónde estaba. Ni siquiera miró por la ventana.

La furia creció en mi pecho.

¿Acaso no le importaba? ¿Qué clase de hombre deja a su prometida fuera sin siquiera notar su ausencia?

Me giré sin pensarlo dos veces. Si Dante no iba a preocuparse por ella, yo lo haría.

Atravesé la casa sin detenerme, ignorando las conversaciones, los brindis y las risas despreocupadas. Salí al porche y el viento frío me golpeó el rostro con fuerza, la lluvia empapó mi camisa al instante. No me importó. Ella estaba afuera. Sola.

Mi instinto me guió. No hacia las bodegas, sino hacia el viñedo. Sabía que le gustaba perderse entre las vides cuando necesitaba pensar, lo había visto tantas veces antes… y lo confirmé cuando distinguí su silueta bajo la lluvia.

Inmóvil, con la mirada perdida en el horizonte, con los mechones de su largo y oscuro cabello pegados a su rostro por el

agua. Mila era una mujer que no podía pasar desapercibida. Su belleza exótica era el resultado de una mezcla perfecta entre sus raíces mexicanas e italianas. Su piel era de un tono dorado que ensombrecía al sol, como si el Mediterráneo y el desierto mexicano se hubieran fusionado en su esencia. Sus ojos eran grandes, de un verde intenso, rodeados de gruesas pestañas oscuras que destacaban contra su piel. La combinación de esa mirada profunda y su sonrisa encantadora era suficiente para desarmar a cualquiera. Sus labios, carnosos y de un tono rosado natural, siempre estaban ligeramente curvados en una expresión que combinaba dulzura y sensualidad.

Su figura era esbelta, aunque con curvas generosas: caderas que se balancean con una gracia natural y un busto pleno que mis manos siempre ardían por tocar. Siempre caminaba con una elegancia casi felina, como si estuviera constantemente peleando por tener el control de sí misma, pero con una chispa de docilidad que, estaba seguro, solo algunos podían notar.

Mila era el tipo de mujer que parecía tener el alma dividida entre la pasión y el deseo de estabilidad. Fuerte, decidida, pero también con un lado vulnerable que guardaba celosamente. Su sentido de la moda refleja esa esencia: vestidos fluidos que abrazan su figura y tacones altos que la hacían ver poderosa.

Aunque intentaba mantenerse firme en su compromiso, yo sabía que su espíritu libre y su naturaleza apasionada la estaban haciendo dudar.

Era hermosa. Malditamente hermosa. Y yo, obviamente, la deseaba tanto que resultaba enfermizo.

Mi pecho se contrajo al pensar en Dante.

Sabía que él me consideraba su mejor amigo. Yo también lo veía así, o al menos solía hacerlo. Pero con el tiempo, nuestros caminos se fueron separando. Dante estaba cambiando, convirtiéndose en un hombre que se pavoneaba con una arrogancia que antes no tenía. Parecía convencido de que la vida le iba a conceder todos sus deseos, como si el destino le debiera algo.

Yo también era un hombre afortunado, estaba muy consciente de ello. Había trabajado duro y tenía más de lo que alguna vez

imaginé, pero lo vivía de manera diferente. Mientras yo me aferraba al agradecimiento, él lo hacía a la soberbia. Para Dante, la vida parecía ser una conquista perpetua, un juego en el que él siempre debía salir victorioso. Y lo peor era que nadie le llevaba la contraria, porque el mundo entero parecía girar a su alrededor.

Tal vez tenía derecho a esa seguridad, después de todo, estaba comprometido con Mila. Esa mujer era, sin duda, una joya difícil de ignorar. Tal vez por eso su actitud me irritaba tanto últimamente. Dante se comportaba como si Mila ya le perteneciera, como si su amor fuera un derecho adquirido y no algo que se ganara día a día.

No podía negar que el peso de mi molestia tenía un matiz personal. Porque mientras él la trataba como un trofeo más en su extensa colección, yo no podía dejar de pensar en ella como la mujer que siempre había deseado.

Sabía que no debía ir tras ella. Sabía que lo correcto era dar media vuelta y dejarla sola. Pero nunca me había destacado por ser un hombre que se conformara con lo correcto.

Tomada la decisión, sin vacilar, di un paso adelante. Y luego otro. Y otro. Hasta que estuve a su lado.

—No puedes quedarte aquí mucho tiempo, la tormenta va a empeorar.

Sus ojos oscuros se encontraron con los míos. Dulces. Perdidos. Hermosos.

—No me molesta la lluvia —respondió, con una voz más baja de lo normal.

No. Claro que no le molestaba. Pero mi presencia sí. Yo la inquietaba, lo confirmé por la forma en que su cuerpo se tensó apenas me acerqué un poco a ella. Como siempre.

—No es la lluvia lo que me preocupa —murmuré, incapaz de frenar las palabras.

Tragó saliva, y por un segundo vi algo cruzar su mirada. Algo que no debía estar ahí. Algo que siempre había estado, pero que nunca nos habíamos atrevido a nombrar.

Entonces, di el último paso; extendí la mano hacia ella.

Por un instante, pensé que no la tomaría. Vi la duda en su rostro, el conflicto. Yo tampoco debía hacer esto. Pero ahí estaba, mi

palma abierta, esperándola.

Y cuando su mano se deslizó sobre la mía, cuando sus dedos temblorosos se entrelazaron con los míos… supe que nada volvería a ser igual.

La tormenta arreció con furia, la lluvia se volvió más intensa y un rayo iluminó el cielo, dejando el viñedo sumido en sombras y destellos fugaces de luz. No podíamos regresar a la casa. No todavía.

—Ven… —dije sin soltar su mano, guiándola a través de los viñedos.

No era solo por seguridad. No solo por el peligro de la tormenta o el camino resbaladizo. Era por mí. Por la desesperada necesidad de estar a solas con ella. Un minuto. Solo un minuto más con Mila antes de que la realidad nos aplastara de nuevo.

Un minuto…

Unas horas…

Toda la eternidad.

Tal vez solo era para hacerla recapacitar, para que se diera cuenta de que ese maldito compromiso no la haría feliz. O tal vez, simplemente, para entregarme al fuego que me consumía cada vez que estaba cerca de ella.

Cuando llegamos a la gran Cava, la puerta crujió al abrirse y un aire seco y frío nos envolvió. Era oscuro, privado. Un refugio que no solo nos protegía de la tormenta… sino de todo lo demás.

Cerré la puerta detrás de nosotros, pero no la solté.

No pude hacerlo.

Desde la primera vez que la vi, la deseé. Deseé tocarla, besarla, hacerla mía. Y ahora, con la tormenta rugiendo a nuestro alrededor, con la oscuridad envolviéndonos, y con su mano aún aferrada a la mía, supe que esta noche… era diferente.

Ella tampoco me soltó.

Sin palabras, sin pensarlo dos veces, giré hacia ella y la besé.

Al principio, fue una explosión de necesidad contenida, un roce eléctrico que incendió todo lo que habíamos reprimido durante años. Su boca era cálida, húmeda, y cuando la presión de mis labios se intensificó, ella respondió. Un jadeo quedó atrapado entre nosotros

cuando la acerqué más, hundiendo una mano en su cabello empapado, inclinando su rostro para profundizar el beso.

El beso se convirtió en un incendio. Mi lengua rozó la suya, explorando, exigiendo más, mientras mis manos se aferraban a su cuerpo como si ella fuera lo único real en medio del caos. Mila jadeó contra mi boca, su aliento caliente y tembloroso, mientras sus dedos se enredaban en mi cabello mojado.

La acerqué más, apretando su cintura contra la mía. Sus curvas se amoldaron a mí de una manera que hizo que todo dentro de mí rugiera de necesidad. La lluvia seguía resbalando por su piel, dejando rastros fríos que mi boca quería seguir, descubrir, reclamar.

Cuando mordí suavemente su labio inferior, un jadeo quedó atrapado en su garganta, un gemido ahogado que me hizo perder el control.

Ya no había vuelta atrás.

MILA

El aroma a vino impregnaba el aire, denso y embriagador. Barricas alineadas en perfectas hileras, luces tenues proyectando sombras largas en las paredes de piedra. Y el sonido de la tormenta, golpeando con furia contra las ventanas de la Cava.

Nada de eso causó el temblor que recorrió mi cuerpo; la verdadera causa era la mirada de Lorenzo.

Siempre había habido algo en él que me provocaba una sensación extraña, algo incómodo, prohibido. No debía sentirme así por el mejor amigo de mi prometido. Pero lo hacía.

Nunca debí fijarme en su mirada oscura, en sus manos grandes, en la forma en que su camisa, empapada por la lluvia, se pegaba a su pecho.

No debí haber aceptado seguirlo hasta la Cava.

No debí besarlo, tocarlo, pero ¡cómo quería!

—Estás temblando, Mila. ¿Ya te arrepentiste?

La pregunta me golpeó como un latigazo.

Fue peor cuando se separó de mi cuerpo y se recargó contra una de las barricas; su mirada me recorrió sin vergüenza.

El temblor empeoró.

No podía evitarlo.

Él estaba ahí, mirándome como si ya hubiera tomado una decisión de la que no podía escapar. Como si hubiera cruzado una línea de la que no había vuelta atrás. Y yo… yo solo pude quedarme quieta, temblando, ahora sabiendo que lo prohibido tiene un sabor muy, muy dulce.

Humedecí mis labios y crucé los brazos, en un intento inútil de crear una barrera entre nosotros.

—No… no lo sé.

Sonrió, como si acabara de confirmar lo que ya sabía.

—Yo sí. —Dio un paso hacia mí—. Porque sabes que no deberías estar aquí. —Otro paso—. Porque sientes algo cuando estoy cerca. —Y otro.

Hasta que ya no hubo espacio entre nosotros.

Tragué saliva, porque, de repente, el aire se volvió pesado, caliente. No podía moverme.

No podía huir.

No quería huir.

Sus dedos rozaron mi muñeca, lento, acariciándome apenas con las yemas.

—¿Quieres que me detenga? —Su voz era un susurro grave, una promesa oscura.

Negué con la cabeza.

Su sonrisa se ensanchó, y el calor que emanaba de su cuerpo parecío envolverme, arrastrándome a ese lugar oscuro y peligroso en el que no debía estar, pero al que ya no quería renunciar.

Su pulgar se deslizó por la cara interna de mi muñeca, dibujando pequeños círculos que hicieron que mi piel se erizara. La electricidad entre nosotros era casi tangible, y mis latidos se aceleraron tanto, que temí que él los escuchara.

—Entonces, Mila… —su voz bajó aún más, casi ronca—. Déjame mostrarte lo que realmente quieres. Dame tus manos.

Obedecí sin pensar.

Sin soltar mis muñecas con una mano, con la otra deshizo el nudo de su corbata. La seda roja cedió a sus movimientos como yo, sin rechistar. Con movimientos seguros, ató mis muñecas por delante de mi cuerpo.

De inmediato, mi respiración se hizo errática.

—¿Confías en mí? —preguntó, inclinando la cabeza mientras apretaba el nudo con un tirón.

No lo sabía.

No estaba segura de nada.

Solo de que mi cuerpo ardía, y mi corazón latía demasiado rápido para pensar. Así que solo asentí.

Lorenzo deslizó los dedos por mis brazos, recorriendo mi contorno hasta mi cintura, explorándome con descaro. Sus manos eran grandes y cálidas, y el contraste entre la firmeza de su agarre y la suavidad de su toque me hizo estremecer.

—Estás temblando.

—Yo…

No pude terminar la frase, porque sus labios atraparon los míos en un beso que solo se puede describir como feroz. Posesivo, dominante, pecaminoso. Un beso como nunca nadie me había besado.

Sus manos siguieron el recorrido de mi cuerpo, apretándome contra él, sin permitirme escapar. Sentí la presión de la corbata contra mis muñecas, un recordatorio de que ahora estaba completamente a su merced. Y lejos de asustarme, esa sensación me excitó aún más.

Su lengua se abrió paso entre mis labios, exigiendo rendición, mientras su mano subía por mi espalda, trazando el camino hasta mi nuca para hundir los dedos en mi cabello. Me sujetó con firmeza, inclinándome hacia atrás mientras profundizaba el beso, devorándome sin piedad.

—Lorenzo… —mi voz salió entrecortada cuando se separó apenas un segundo, solo para bajar sus labios a mi cuello, besando y mordisqueando mi piel.

—¿Estas asustada? —susurró contra mi clavícula, sus dientes rozando la piel antes de morderme suavemente.

—No… —jadeé, dejando que mi cabeza cayera hacia atrás, entregándome por completo a su control.

—Bien. Porque no pienso parar.

Su voz ronca me hizo vibrar desde el interior.

Sus manos bajaron hasta mis caderas, levantando la tela de mi vestido con una impaciencia contenida, exponiendo toda mi piel. El frío de la bodega contrastaba con el calor de su boca que se movía por mi cuello, mordiendo y besando, mientras sus dedos se deslizaban entre mis piernas, encontrándome húmeda y lista para él.

—¿Esto es lo que quieres, Mila? —preguntó, dejando un mordisco en la curva de mi hombro—. Porque no pienso ser gentil.

—Sí… —gemí, alzando las caderas para encontrar su mano, buscando desesperadamente más de su contacto.

—Buena chica —murmuró, acariciando el interior de mis muslos, haciendo que mi cuerpo reaccionara con una mezcla de ansiedad y puro deseo.

Estaba perdida. Y lo peor, es que no quería encontrarme.

Jadeé cuando, de repente, tiró de las ataduras, empujándome contra una de las barricas. Mi espalda chocó contra la madera, haciendo que un gemido suave se escapara de mis labios.

Me sujetó el mentón con dos dedos y me obligó a mirarlo.

—Voy a hacer que pierdas la cabeza, Mila.

Y lo hizo.

El roce de la seda en mis muñecas me estaba excitando más de lo que alguna vez imaginé. Mi cuerpo estaba atrapado entre la madera rugosa de la barrica y el calor de su cuerpo. No recordaba haber estado en un mejor lugar.

Mi respiración era un desastre.

Mi cuerpo era un desastre.

Yo era un desastre.

—Dime que me detenga —murmuró contra mis labios.

No obedecí.

No podía.

Él sonrió de una manera oscura. Satisfecha. Este era un nuevo Lorenzo para mí, y estaba rendida a sus pies.

Sus manos viajaron por mi cuerpo con calma, recorriendo mi cintura, bajando hasta mis caderas. Cada caricia era un incendio, cada roce una provocación que me hacía querer cerrar las piernas para aliviar la presión en mi centro.

Pero no podía.

Su cuerpo me lo impedía.

Sobre todo, la larga y gruesa dureza que no paraba de torturarme entre las piernas.

Deslizó su boca por mi cuello, su lengua acarició mi piel hasta llegar a la endurecida cima de mi seno. Me mordió a través del

encaje de mi sostén suavemente. Un castigo y una recompensa al mismo tiempo.

—Eres tan jodidamente hermosa —murmuró contra mi pecho.

Mis ataduras se tensaron cuando intenté tocarlo.

Me había olvidado de ellas.

Me había olvidado de que yo no tenía el control.

Jadeé al sentir sus manos recorriendo mis muslos lentamente, como si tuviera todo el tiempo del mundo.

—Dios… —solté, sin aliento.

—No, cariño, ni siquiera llego a santo.

Su risa grave vibró contra mi piel justo antes de que arrancara la tela de mis bragas con un tirón seco. El sonido de la tela desgarrándose se perdió entre los truenos de la tormenta.

Mi pulso se disparó.

Estaba desnuda.

Expuesta.

Con el mejor amigo de mi prometido.

Debí sentirme mal, culpable, pero lo único que sentí fueron dos de sus dedos deslizándose por mi sexo, lento, explorando, sintiéndome.

—Joder, Mila… —su voz sonó más grave, más peligrosa—. Mira lo mojada que estás.

Quise cerrar las piernas, pero él se interpuso, obligándome a mantenerlas bien abiertas.

El frío de la bodega contrastaba con el fuego en mi piel. Con el calor líquido que se acumulaba entre mis muslos.

Lorenzo levantó la mano y me mostró sus dedos cubiertos de mi deseo antes de deslizarlos dentro de su boca.

Los chupó con lentitud.

Como si pudiera saborearme mejor así.

Mi cuerpo reaccionó tan violentamente al gesto que me arqueé contra la barrica, mis ataduras apretándose mientras luchaba contra la necesidad de tocarlo.

—Quiero comerte —susurró contra mi boca—. Quiero devorarte completa sobre estas barricas. Sobre el vino de los Mancini.

Jadeé antes de suplicar:

—Por favor…

Su sonrisa fue pura maldad.

Pura devoción.

Y entonces, sin romper el contacto visual, se arrodilló ante mí.

Como si estuviera a punto de hacerme su religión, como si estuviera a punto de rezar. Pero, así como él, yo no era una santa. Y él no estaba pidiendo absolución.

Su mirada me recorrió de arriba abajo, oscura, hambrienta, como si estuviera disfrutando de mi vulnerabilidad, de mi rendición absoluta.

La seda en mis muñecas se sentía más apretada ahora.

Más presente.

Mis muslos temblaron cuando sus manos firmes subieron lentamente por mis piernas hasta mis senos, desabrochando el pequeño seguro, desbordando la bondadosa carne para exponerme por completo.

La tormenta rugía afuera, pero aquí, dentro de la bodega, la verdadera tormenta era él.

—Mírate… —murmuró con un suspiro casi reverencial—. Tan jodidamente perfecta.

Mis dedos se curvaron sobre las ataduras cuando sentí su aliento caliente contra mi piel desnuda, tan cerca que podía sentirlo sin tocarme.

—Dios… Lorenzo…

Él sonrió, y antes de que pudiera procesarlo, su boca descendió sobre mí.

Su lengua recorrió mi centro húmedo con una lentitud insoportable, rozándome apenas, torturándome con cada movimiento deliberado.

Mi cabeza cayó hacia atrás, golpeando la barrica. No podía respirar. No podía pensar. Solo podía sentir.

Su lengua trazó círculos explorando, provocando. Me saboreaba como si fuera el mejor vino del viñedo. Como si hubiera estado esperando este momento toda su vida.

Mis piernas intentaron cerrarse, pero sus manos firmes las mantuvieron abiertas.

—No te atrevas a huir de esto —gruñó contra mi piel—. No después de haberme hecho esperar tanto.

Mi gemido se perdió entre los truenos cuando su lengua presionó exactamente donde más lo necesitaba.

El placer me envolvió como una corriente eléctrica.

Mis muñecas lucharon contra la seda, pero no había escape. No quería escapar.

Lorenzo me consumió con su boca, con sus labios, con su lengua caliente y desesperada, moviéndose con precisión absoluta, con una intensidad que me hizo arquearme contra él.

—Dime que quieres más —exigió, su voz ronca y empapada de lujuria.

—Más… —jadeé.

Su lengua se volvió implacable.

Succionó, lamió, mordió, castigó.

—Así… joder… así… —mi voz era un gemido entrecortado.

Sentí que me desmoronaba.

Que mi cuerpo ya no era mío.

La tormenta rugió con más fuerza afuera, pero la verdadera explosión estaba dentro de mí.

Mi orgasmo me golpeó como un relámpago, mi cuerpo sacudiéndose bajo su lengua experta, bajo su dominio absoluto.

Mi espalda se arqueó, mi grito se ahogó en la bodega, mis muñecas tensándose contra la seda.

Lorenzo no se detuvo.

Me mantuvo en el limbo, me obligó a sentir cada espasmo, cada estremecimiento, su lengua devorando hasta la última gota de placer.

Y, cuando finalmente bajé del cielo, cuando mi cuerpo quedó débil, tembloroso, completamente entregado…

Lorenzo se levantó, y se limpió los labios con el dorso de la mano.

Me miraba como si acabara de ganar una guerra.

Y tal vez lo había hecho.

—Ahora sí, cariño… —su voz era un gruñido bajo, puro deseo contenido—. Voy a cogerte como siempre he querido.

Mis piernas temblaban sin parar. De hecho, mi cuerpo entero estaba temblando.

El aire de la bodega se sentía pesado, espeso, impregnado del aroma del vino y de sexo.

Lorenzo seguía frente a mí, con la mirada de un hombre que acababa de reclamar su obsesión. Pero no había terminado conmigo. No. Apenas estaba empezando.

Se llevó la mano a la hebilla del cinturón y lo desabrochó con movimientos seguros, sin apartar los ojos de los míos. El cuero silbó al deslizarse de los pasadores y sentí un escalofrío que no tenía nada que ver con el frío de la bodega.

—Gírate —ordenó.

No me moví.

No porque no quisiera. Sino porque mis piernas aún no me respondían después del orgasmo que me había arrancado con la boca.

El muy imbécil chasqueó la lengua y sonrió.

—¿Demasiado para ti, princesa?

Su tono burlesco me incendió de rabia y lujuria al mismo tiempo.

Me envainé con la poca dignidad que me quedaba con toda la intención de girar, pero apenas mis pies se mantuvieron firmes, él ya estaba sobre mí.

Enredó el cinturón en su mano y, de un solo movimiento, lo pasó por mis ataduras de seda, envolviendo mis muñecas con la firmeza de un hombre que sabía exactamente lo que estaba haciendo.

No estaba ajustado.

Pero tampoco me permitía huir.

—Si te digo que te pongas de rodillas, ¿lo harás?

Sus palabras me estremecieron hasta la médula.

Mi respiración se volvió a acelerar.

Lorenzo inclinó la cabeza, sus labios rozaron mi oído cuando susurró:

—No tienes que contestar.

Y luego, simplemente, me empujó hacia abajo.

Mis rodillas chocaron contra el frío concreto de la Cava, la falda de mi vestido sirvió como almohadilla, apenas. El suelo estaba duro, helado, pero mi cuerpo ardía.

Ardía por él.

Me observó desde arriba, con una satisfacción oscura en su expresión. Dios, cómo era posible que así fuera todavía más guapo.

—Mira qué bien te ves ahí abajo.

Se pasó la lengua por los labios y abrió el pantalón, su deliciosa erección se liberó ante mis ojos.

Dios santo…

Era grande.

Pesado.

Mi boca se secó y mi pulso golpeó contra mis costillas.

Lorenzo me sujetó la barbilla con dos dedos, inclinando mi rostro hacia arriba para que lo mirara.

—Sabes qué hacer.

El deseo se desbordó en mi interior.

Mis muñecas estaban atadas, restringidas, pero no necesitaba mis manos para obedecerlo.

Me incliné lentamente y deslicé la lengua sobre la punta de su erección, recogiendo la primera gota de su deliciosa leche.

Gruñó profundo, rasposo, fue una vibración de placer que me recorrió hasta el vientre.

—Abre más la boca.

Obedecí, otra vez, sin pensar.

Y él se hundió entre mis labios sin piedad.

Su grosor estiró mi boca, y la sensación de su piel caliente, firme, pulsante contra mi lengua me hizo gemir.

Lorenzo no se contuvo.

Sujetó mi cabeza con una mano, enredando los dedos en mi cabello mientras marcaba su propio ritmo, cogiendo mi boca con movimientos implacables.

—Eso es… —gruñó—. Tómalo todo.

La saliva resbaló por la comisura de mis labios. Mi garganta ardía, mis muñecas se tensaban en las ataduras, pero no podía apartarme.

No quería.

Nunca.

Porque su placer, su maldito control sobre mí, se volvió tan adictivo como el mejor vino del viñedo.

El olor a madera húmeda y uvas fermentadas se mezclaba con el sonido obsceno de mi boca tragándolo todo.

Profundo.

Sucio.

—Mierda, Mila… —su voz sonaba rota, llena de deseo animal—. Voy a correrme en tu cara si sigues así.

El calor entre mis piernas se hizo insoportable.

Mi cuerpo suplicaba por ser tomado, pero mi cabeza solo pensaba en su placer.

Y en la deliciosa satisfacción de verme de rodillas en el frio concreto, con su erección invadiendo mi boca, marcándome como su territorio con cada embestida. En el firme agarre de su mano en mi rostro, en la seguridad de sentir sus dedos enredados en mi cabello mientras me controlaba entera.

El sonido de mi boca tragándolo todo llenaba el espacio, mezclándose con el eco de la tormenta golpeando las ventanas de la bodega. Mis muñecas se tensaron todavía más cuando intenté apoyarme mejor, pero él no me lo permitió.

Me quería a su merced.

Y a su merced estaba.

—Joder, Mila… —gruñó, su voz más grave, más rota—. Mírame.

Obedecí de inmediato. Mis ojos se elevaron y encontré los suyos cargados de una lujuria oscura y peligrosa.

Su pecho subía y bajaba con cada embestida, su boca entreabierta, su mandíbula tensa por el placer que yo le estaba dando.

Y fue entonces cuando me di cuenta de que era yo, la que tenía el control. La que lo tenía jadeando de placer.

Hundí mi boca aún más, succionando con fuerza, deslizando mi lengua por toda su longitud, haciendo exactamente lo que lo estaba volviendo loco.

Maldijo con voz terriblemente grave, su agarre en mi cabello se hizo más fuerte, y su cadera se estrelló contra mi boca con un gruñido animal.

—Eres una jodida ramera. ¿Dónde aprendiste a hacer esto? —Soltó entre dientes—. Voy a correrme, pero no quiero que tragues.

Mi vientre se contrajo con su orden.

No me dio tiempo de procesarlo.

Su cuerpo se tensó sobre mí y, con un último gemido, su leche explotó en mi boca.

Caliente.

Espesa.

Inmoral.

Sostuvo mi cabeza contra él mientras intensos espasmos lo recorrían. Su respiración era errática cuando me soltó, retrocediendo para admirar la imagen que acababa de crear.

Yo, con la boca entreabierta, con su leche caliente escurriendo por mi lengua, mis muñecas atadas, rojas de su control. Mis ojos llenos de lujuria y desafío.

La escena le gusto, porque lo hizo gruñir.

Se arrodilló frente a mí y deslizó el pulgar por mi barbilla, recogiendo un poco de su esencia antes de llevarlo a mis labios.

—Abre.

Obedecí mirandolo a los ojos.

Me metió el pulgar en la boca y presionó sobre mi lengua.

—Traga.

Lo hice sin dudar.

Exhaló una maldición, mientras su pulgar se deslizaba con lentitud entre mis labios antes de sacarlo.

—Joder, Mila… vas a matarme.

Y me sonrió.

Pero no era una sonrisa dulce.

Era la sonrisa de un hombre que aún tenía hambre.

Que no había terminado conmigo.

Y cuando me sujetó de la nuca y me obligó a levantarme, sentí que mi noche con él apenas estaba comenzando.

—¿Más, cariño? —murmuró contra mi oído.

Su voz estaba áspera, rasposa de placer. Su dureza presionó contra mi vientre, exclamando que seguía hambriento.

Y yo, seguía completamente a su merced.

Intenté mover mis muñecas, un movimiento inútil y, al parecer, gracioso para él.

Rió de una manera oscura y peligrosa.

—Te sientes indefensa, ¿verdad?

No respondí.

No podía.

Porque ese era exactamente el problema.

No me sentía indefensa.

Me sentía más viva que nunca.

Su mano se deslizó por mi espalda hasta mi cuello y me obligó a girarme, empujándome contra la barrica más cercana.

Mi pecho chocó contra la madera, mi respiración se convirtió en un jadeo cuando sentí su dureza frotarse contra mi trasero.

El sonido de su cinturón deslizándose otra vez me puso la piel de gallina.

Un segundo después, lo sentí envolverlo alrededor de mi cuello.

No apretó.

Solo lo sostuvo allí, como si estuviera probando cuánto podía soportar antes de que le rogara por más.

—Mira lo mojada que estás —gruñó, deslizando su mano entre mis piernas—. Toda está humedad, todo esté deseo, es para mí.

Mis dedos se cerraron en puños.

Joder, el control absoluto que tenía sobre mí era abrumador.

Sentí la presión del cinturón cuando jaló suavemente, lo justo para que sintiera el peso de su poder.

—Si te digo que me ruegues, ¿lo harías?

Mi cuerpo entero se estremeció, porque la respuesta era un gran sí. Pero Lorenzo no quería palabras. Quería una súplica con mi cuerpo.

Así que rogué.

Instintivamente, empujé las caderas hacia atrás, presionando mi desnudo trasero contra su erección, frotándome contra él con

desesperación.

—Eso es, cariño… —su aliento chocó contra mi nuca—. Frótate contra mi cuerpo antes de que te lo dé.

Me moví contra él con necesidad, con hambre, sintiendo cómo su erección palpitaba contra mí.

Pero no me dio lo que yo quería. No todavía.

Tiró del cinturón, obligándome a arquear la espalda, a exponerme más.

—Tienes que aprender a ser paciente, Mila.

Y entonces, su palma cayó sobre mi trasero con una bofetada que me sacudió hasta el vientre.

Solté un gemido desgarrador, fue una mezcla de sorpresa y placer, que alertó cada célula de mi cuerpo.

No esperaba que se sintiera tan jodidamente bien.

Y, para mi deleite, lo hizo de nuevo. Y de nuevo.

Cada nalgada creaba más humedad, cada palmada me hizo desearlo con más intensidad.

—Lorenzo… por favor… —mi voz salió rota, desesperada.

Sentí su sonrisa contra mi piel antes de que declarara:

—Así me gusta.

Y entonces, sin previo aviso, me penetró de un solo golpe.

No existía tormenta que ahogara el sonido de mi grito, mi cuerpo se perdió y, su agarre con el cinturón, me aseguró que no tenía escapatoria.

No que la quisiera precisamente, porque en ese momento, yo solo quería ser suya.

MILA

Se hundía hasta lo más profundo de mi cuerpo, con empujes brutales, animales. El cinturón alrededor de mi cuello se tensó justo lo suficiente para que me sintiera desvalida, para que supiera que él tenía el control absoluto de mi cuerpo, mi alma, de todo mi ser.

Mis jadeos estaban atrapados en mi garganta, haciéndolos cada vez más intensos. El placer era un golpe directo a mi centro, crudo, salvaje, incontrolable.

—Joder… —gruñó contra mi oído. Una mano sujetando el cinturón que rodeaba mi cuello, la otra, mi cadera con una fuerza que iba a dejar marca. Literalmente, me estaba montando. Y yo, no podía estar más feliz—. Mira lo fácil que me tomas.

No podía hablar.

No podía pensar.

Solo podía sentir.

Cada largo centímetro de su dureza deslizándose dentro y fuera de mí, llenándome hasta donde nadie más lo había hecho.

Mi cuerpo se arqueó contra la barrica, mis ataduras tirando de mis muñecas, recordándome que estaba completamente a su merced.

Y me encantaba.

—Dime qué tan bien te cojo, Mila —exigió, tirando del cinturón, obligándome a inclinar la cabeza hacia atrás.

Mi respiración era un desastre.

—Tan… tan bien… —jadeé.

Salió de mí lentamente antes de empujar de nuevo con más fuerza, más profundo, arrancándome un jadeo largo y hondo.

—No, cariño —su voz era oscura, dominante—. Quiero que lo digas, como si lo creyeras.

Otra embestida.

Más intensa.

Más sucia.

—Por favor… por favor —mi voz salió rota, desgarrada—, no pares.

Su risa vibró contra mi piel.

—Eso es… —sus labios rozaron mi cuello—. Eso es lo que quiero oír.

Mis piernas temblaron cuando su ritmo se volvió despiadado, cogiéndome con una precisión implacable.

Cada empuje me arrancaba el aire de los pulmones.

Cada golpe de su cadera contra la mía me hacía perder el sentido del tiempo.

Era demasiado.

Era todo.

—Dios, Mila… —gruñó, su respiración descontrolada—. Estás tan jodidamente estrecha.

Su mano abandonó mi cadera y descendió entre mis piernas, encontrando mi punto más sensible.

Cuando empezó a frotarlo en círculos firmes, supe que iba a morir. A ver las estrellas. A perderme en el infinito.

—Vamos, preciosa —me provocó—. Quiero que escurras mientras sigo dentro de ti.

Mi cuerpo obedeció sin que yo pudiera evitarlo.

La presión en mi vientre explotó como una bomba, el orgasmo me destrozó desde adentro.

—Lorenzo… ¡oh, carajo!

Mis piernas se volvieron gelatina, mi cuerpo se estremeció sin control, mi cabeza cayó hacia adelante, apoyándose contra la barrica mientras el infinito placer me consumía por completo.

Lorenzo no se detuvo. No bajó el ritmo. Siguió embistiéndome con la misma fuerza, persiguiendo su propio estallido, llevándome al

límite de la sobrecarga.

Cada nueva embestida me arrancaba un espasmo más.

Y más.

Y más.

Por un momento pensé que no podía soportarlo. Estaba temblando como una hoja. Y, al mismo tiempo, no quería que terminara nunca.

Finalmente, con un largo gruñido, se enterró hasta el fondo y terminó dentro de mí, derramándose en oleadas calientes que me hicieron estremecer de nuevo.

Me sujetó con fuerza, como si mi cuerpo fuera lo único que lo mantuviera anclado a la realidad.

Destruido por mí, como yo lo estaba por él.

El sonido de la tormenta aún rugía afuera. Pero el verdadero desastre estaba dentro de esta Cava.

Y lo mejor…

Es que no me arrepentía de nada.

LORENZO

La tormenta seguía rugiendo cuando cruzamos la entrada de la casa principal.

Empapados.

Divinamente destruidos.

La madera del suelo crujió bajo nuestros pasos, el aire cálido del interior contrastando con el frío de la tormenta que aún se aferraba a nuestra piel.

Y, aunque la lluvia nos había cubierto, yo seguía oliéndola. Seguía sintiéndola.

Cada músculo de mi cuerpo aún estaba tenso, aún vibraba por lo que acabábamos de hacer en la Cava. Por lo que acabábamos de ser.

Mila caminaba a mi lado, en silencio, con la cabeza ligeramente baja, su vestido pegado a cada curva de su cuerpo, dejando un rastro de agua y pecado tras cada paso.

Si alguien la miraba con suficiente atención…

Si alguien notaba su piel enrojecida por mis manos, la hinchazón de sus labios, la forma en que sus piernas temblaban después de haber sido abiertas para mí…

Sabrían la verdad.

Sabrían que lo que nos cubría no era solo la lluvia.

Pero nadie lo hizo.

Nadie nos extrañó.

Nadie preguntó dónde habíamos estado.

Hasta que Dante apareció.

—¡Por Dios, Mila! —su voz llegó como un golpe seco, recorriéndola con la mirada, primero con confusión, luego con fastidio—. Mírate, estás hecha un desastre.

Sus dedos se crisparon en el borde de su suéter, como si el simple hecho de verla empapada fuera una ofensa personal.

Mila no respondió.

Yo tampoco.

Pero la vi tensarse. Vi cómo todo el calor que aún quedaba en su cuerpo, se evaporaba en un segundo.

Dante se pasó una mano por el cabello, chasqueando la lengua con impaciencia.

—Sube a cambiarte. No puedes andar así.

No un "¿estás bien?".

No un "¿te sientes bien?".

Solo una orden.

Como si ella no tuviera voluntad propia.

Mila asintió sin decir palabra, su expresión inmutable, su rostro impasible.

Regia, como una reina.

Giró hacia las escaleras sin molestarse en contestarle.

Todo bien, hasta que la vi dudar. Vi cómo sus dedos se aferraban con más fuerza a la barandilla, como si algo dentro de ella estuviera luchando.

Mi mandíbula se tensó.

No quería perderla.

No después de haber sentido cómo se entregaba, cómo gemía mi nombre con desesperación, cómo su cuerpo se abría para mí como si nunca hubiera conocido el placer hasta que entré en ella.

Dante me miró de reojo.

—¿Y tú? ¿Qué carajos hacías afuera con ella?

Lo miré con el mismo desdén con el que le había hablado a Mila.

—Paseando.

Dante bufó y se giró sin decir nada más, quitándose el suéter mientras murmuraba algo sobre lo difícil que era mantenerla "en línea".

El muy hijo de puta.

En lugar de responder, en lugar de darle la satisfacción de cualquier reacción, la seguí a ella.

Mila subía las escaleras con pasos firmes, como si no sintiera mis ojos perforando su espalda, su delicioso trasero.

Pero lo sentía.

Y, cuando llegó al final del pasillo, cuando su mano tocó el picaporte de su habitación, finalmente giró el rostro y me miró.

Dios…

Esa mirada.

No era miedo.

No era arrepentimiento.

Era algo más profundo.

Más jodido.

Más adictivo.

Era deseo por más.

Mi pecho se expandió con el peso de esa maldita conexión entre nosotros, la cuerda invisible que ya nos tenía atados. Incluso ahora, con su prometido a unos cuantos pasos.

Dante estaba abajo.

La tormenta rugía afuera.

Pero yo estaba aquí.

Con ella.

Mila tragó saliva. Abrió la puerta y entró.

Yo la seguí sin dudar, **completamente a ciegas.**

¡MUCHAS GRACIAS POR LEER!

Si disfrutaste ***Pasión a Ciegas***, no sabes cuánto me ayudarías dejando una reseña, comentario o incluso una simple carita feliz en Amazon o Goodreads.

¡Tu opinión es un regalo que hace una enorme diferencia para mí!

¿Te quedaste con ganas de más?

¿Te gustaría conocer los secretos más profundos de otros personajes?

¡Cuéntame!

Y si tienes una fantasía oscura, atrevida o prohibida que te gustaría ver convertida en historia... ¡escríbeme!

Tu idea puede ser la chispa que encienda la próxima historia.

Gracias, de nuevo, por acompañarme en esta aventura.

¡Espero leerte pronto!

Para nuevos lanzamientos, acceso a exclusivas ofertas, y mucho más.

¡Únete a mi lista de contactos!

www.juliaromeroauthor.com

Más Sueños En Palabras

MIS HOMBRES | Amy & Austin

ATRAPADA| Nicole & Olivier

CONQUISTADA | Chris & Alan

TRÍLOGIA EL JUEGO | Owen & Kaira & Alex

SOPHIE | Bruno & Sophie & Luca

VIRI | Yaco & Viri & Gordón

KURT | Belize & Kurt

HEREDEROS AL TRONO | Mack & Ben

SOBERBIA | Inés & Karl

ENTRE SOMBRAS | Dy & Mikel

ENTRE AMIGAS

MÁS

¡VAMOS A SEGUIRNOS!

Grupo de Lectura en FB REINAS VIP

Página de Autora en Facebook

Instagram

TikTok

Amazon

Goodreads